

Opinión

HACE 25 AÑOS

El legislador Alberto De Santis presentó ante el Consejo Nacional de Legislación un anteproyecto de ley que pretendía eliminar el dólar como moneda de libre circulación en Panamá.

La Prensa

[OPINIÓN DE RAC]

FUNDADO EN 1980
Miembro de la Sociedad Interamericana de Prensa

PRESIDENTE Y DIRECTOR
Fernando Berguido

PRESIDENTE FUNDADOR
I. Roberto Eisenmann Jr.
DIRECTORES EMÉRITOS
Winston Robles
Guillermo Sánchez Borbón

SUBDIRECTORA
Siaska S. Salcedo S.

EDITORES:
Gionela Jordán, Elizabeth Garrido, Vianey Castellón (Jefas de Información), Lina Vega (Política), Juan Luis Batista (Sociales), Marianella Ferrer (Judiciales), Liz Carrasco (Nacionales), Nubia Aparicio (Opinión), Daniel Rodríguez (Deportes), Tilcia Delgado (Mundo), Abey Saied (Negocios), Roxana Muñoz (Vivir+), Rolando Rodríguez (Investigación), Lourdes de Obaldía (Diseño), Demóstenes Ángel (Fotografía), Yasmína Reyes (Defensora del Lector), Luzmila de Flamarique (Corrección)

GERENTE GENERAL: Juan Luis Correa
GERENTES: María E. de García de Paredes (Finanzas), Irma de Real (Comercialización), Juan Carlos Planells (Operaciones), Julio Moltó (Nuevos Medios)

La opinión de **La Prensa** se expresa únicamente en el **HoyHoy**. Los artículos de opinión así como las caricaturas son responsabilidad exclusiva de sus autores.

REDACCIÓN: 221-7515 - **PUBLICIDAD:** 221-7818
ADMINISTRACIÓN: 2217537 - **SUSCRIPCIONES:** 222-9030 - **SUPLEMENTOS:** 323-7264



CUANDO SE VIAJA EN AVIÓN.

La cordialidad perdió sus alas

María Mercedes de la G. de Corró

Dice un amigo que el dinero sirve para dos cosas: la primera, no tener que rendirle pleitesía a nadie; la segunda, viajar en primera clase. Tiene razón. Y no se trata solo de disponer de un asiento amplio; de evitar compartir el lavatorio con una multitud o de ampliar las opciones gastronómicas más allá del “pollo o pasta”.

Se trata de que lo traten a uno con amabilidad. Y es que cuando se viaja en turista, ya solo falta que las aeromozas saquen un altoparlante para disciplinar a los pasajeros renuentes a seguir instrucciones. Yo, que a mucha honra comparto con García Márquez, Óscar Niemyer y Noemí Cambell el miedo a volar, había adquirido el hábito de guiarme por sus otrora cordiales gestos: “La aeromoza está sonreída”, me decía, ergo, todo marcha bien... Ahora las aeromozas no

sonríen; nunca. Pasan por los pasillos dando órdenes y, si alguien les pide una almohadita, siguen de largo sin que el solicitante sepa si proceder, o no, a hacer un bollo con el suéter.

En todo caso, no hay que olvidar que ser ignorado es mejor a que lo miren mal, como suelen hacer si un pasajero, sometido a las voluntades de su organismo, se levanta para ir al lavatorio cuando todavía el carrito del café no ha concluido el trayecto de rutina. Se ha perdido la empatía, que es lo mínimo que merece quien viene de atravesar ese pandemónium en que se han convertido aeropuertos como el de Miami, que en 2005 vio pasar a 31 millones de almas. Tiene uno que rogar que los agentes del mostrador de la aerolínea encuentren las reservaciones en la pantalla; que el nombre propio o el de un homónimo no aparezcan en la lista negra del agente de migración; que a los perros entrenados no les moleste el olor del perfume que lleva. Y em-

pacar toneladas de serenidad para soportar filas, retrasos y atropellos sin que aumenten la sudoración o las palpitaciones, no vaya a ser que los agentes encubiertos piensen lo que no es.

Uno llega al avión extenuado, ansioso por desplomarse en el asiento y proceder, entonces sí, a angustiarse por el estado de la nave, el (mal) tiempo, la pericia del piloto y los planes inmediatos de Al Qaeda. Todos pensamientos conducentes a generar ataques de pánico que, afortunadamente, son a menudo sofocados en su génesis por la llegada de nuevos pasajeros. Ellos se paran a la entrada de la fila, miran el boleto, confirman que tienen el 18 B y esperan en silencio a que el que llegó antes se suelte el cinturón, se levante y se haga a un ladito para dejarlos pasar. Si usted está en pasillo, la operación se puede dar hasta dos veces. Pero es cuando le piden repetirla por tercera vez –una familia repartida en ocho filas hace gestiones para reunificarse– que

usted se calza los zapatos de la aeromoza y empieza a ver el entorno desde su perspectiva. El avión está listo para despegar y cada minuto de retraso representa miles de dólares para una aerolínea que, como casi todas, está en apuros económicos. Los pasajeros, sin embargo, no terminan de abordar. No se trata solo de los que ingresan tarde; los hay –generalmente señoras en rutas de Estados Unidos hacia América Latina– que viajan con maletines cargados a reventar y carteras que parece llevaran un muerto doblado en tres. El *carry on* pesa las libras permitidas y unas más, pero nunca falta un buen samaritano que se ofrezca a ayudar.

Empieza entonces la lucha para hacerlo entrar en el compartimiento superior. La señora, con una sonrisa entre estoica y descarada, espera al lado del gentil hombre, obstruyendo el ingreso de pasajeros. El asunto no concluye hasta que, viendo que el público se impacienta, la señora hace gala de una

fuerza inesperada y le da al maletín un golpe que obliga al compartimiento a ceder. Luego se sienta y empieza a pasar las bolitas del rosario. Con semejante fe, ¿qué importa si el avión se raja del empellón?

Mientras las aeromozas desesperadas siguen tratando de lograr que todos tomen su sitio dentro del cilindro volador, yo me voy radicalizando en mis posiciones: imagino un mundo feliz en el que solo existan asientos de primera clase; las aerolíneas prohíban todo equipaje de mano; limiten el contenido de las carteras a billeteras, pasaportes y *sudokus*; cambien las demostraciones de seguridad por rutinas de relajación; y les exijan a los que padecen miedos de cualquier índole venir debidamente medicados. Después de todo, los tiempos que vivimos llaman a viajar ligeros de equipaje, literal y metafóricamente.

La autora es economista y periodista

BOLIVIA.

El paraíso perdido de Evo

Ricardo Soto

Los pueblos indígenas bajo la educación de las sociologías políticamente correctas o marxistas han idealizado su pasado hasta niveles absurdos.

Conrad y Demarest, expertos en historia precolombina, han desmontado esa idea del estado social indígena que sirvió a Rousseau para escribir lo del “buen salvaje”, una de las ideas más dañinas en la historia de la cultura occidental ya que sirvió para fundamentar las mitologías marxistas, nacionalsocialistas e indigenistas, de una pasada edad de oro con hombres buenos por naturaleza, destruida por los malvados capitalistas, judíos o europeos de acuerdo con las versiones respectivas de este maldito mito.

Los modernos historiadores han documentado los estados de terror que eran los imperios precolombinos.

Lo que sucedió en la conquista fue un choque entre estados de terror,

el español venció a otros, los indígenas, cuando hasta entonces el mismo enfrentamiento se sucedía generación tras generación entre los pueblos indígenas.

La mejor prueba es que cuando los españoles atacan Tenochtitlán iban acompañados por los guerreros de las tribus de los alrededores a la ciudad, que eran restos de pueblos sometidos por los vencedores aztecas, bajo el lema del enemigo de enemigo es mi amigo.

Las etnias indígenas conquistadas buscaban venganza de sus conquistadores indígenas aliándose con los españoles. Por eso fue tan fácil para un puñado de europeos conquistar extensos imperios.

El enemigo de mi enemigo es mi amigo, marxistas como el vicepresidente de Bolivia y la pintoresca, ecléctica e inusual colección de activistas indigenistas que siguen a Evo Morales buscan solucionar los problemas de pobreza que afectan al grueso de la población de mayoría indígena de Bolivia atacando a un falso enemigo común, el

capitalismo liberal que nunca existió en Bolivia, un país más bien feudal y mercantilista como todos los países iberoamericanos.

Sin embargo, creemos que a la hora de la verdad van a tener serias diferencias. Ambos añoran un regreso al pasado colectivista, los marxistas a 1967, para terminar lo que el Che comenzó, y los indigenistas a 1491, para restaurar un pasado mítico comunal. He aquí el problema, el marxismo es una idea europea, como dice Glucksmann, es el “no yo” de la cultura europea, la negación radical de la tradición individualista de la herencia judeo-cristiana; en sus ideales de modernidad científicista el marxismo sigue siendo plenamente europeo. Los indigenistas bolivianos en cambio ven en las ideas europeas la raíz del problema. El ministro de Relaciones Exteriores, David Choquehuanca, se jacta de no haber leído un libro de ninguna especie porque no quiere nublar su mente con conceptos europeos. “Hemos estado en manos de los que han leído libros y

usted sabe en qué situación está nuestro planeta tierra, es mucho mejor aprovechar el conocimiento de los ancianos aymara”, aseveró a un periodista del **Wall Street Journal**. El Ministro de Educación, Félix Patzi, piensa que las mujeres indígenas deben tener entre cinco y ocho hijos cada una para que la minoría blanca con sus ideas europeas pase a ser irrelevante. “¿Competitividad, me pregunto por qué? ¿Por qué estudiar negocios en un país sin negocios?”, declaró al mismo periodista en otra ocasión. Creemos que cuando marxistas e indigenistas terminen su tarea común de destruir lo poco que existe en Bolivia de liberalismo, estado de Derecho y racionalidad van a tener un enfrentamiento muy interesante entre ellos sobre hasta que fecha en el tiempo desean retroceder a Bolivia. La situación empiezo a recordar a la Camboya de Pol Pot.

Ayn Rand declaró en una ocasión que cualesquiera que sean los pecados de América Latina el capitalismo no es uno de ellos. Tampoco

lo es la racionalidad científica, el estado de Derecho y el individualismo occidental. A diferencia de los asiáticos, japoneses, coreanos, chinos y últimamente hindúes que han descubierto que la mejor manera de evitar la inferioridad frente a occidente es copiar el capitalismo y la ciencia occidental, convirtiendo al Asia en una de las regiones de más rápido crecimiento en el mundo, nosotros en nuestra pobre América, huimos guiados por el resentimiento hacia el pasado, hacia el telurismo, hacia el populismo eterno, hacia el marxismo burdo, buscado como Evo un mítico paraíso precolombino que nunca existió. Queremos regresar a ser buenos salvajes y buenos revolucionarios, aunque dudamos que lo de bueno se pueda cumplir. Queremos tanto ser gobernados por ángeles que vamos a terminar gobernados por demonios. Queremos tanto construir el Paraíso que podemos acabar construyendo el infierno.

El autor es miembro de la Fundación Libertad.